

UN MÉDICO FILÁNTRORO Y MÁRTIR:

Alfonso Espínola Vega



AC. DR. ANTONIO TURNES

(1845-1905)

En el Hall central de la Facultad de Medicina de Montevideo, a la entrada de su Salón de Actos, existe un busto de bronce, sobre base de mármoles de diferentes tonalidades, blanco y negro, que representa la figura del Dr. Francisco Espínola Vega, un médico, docente, filántropo y filósofo, que trabajó con espíritu de sacrificio hasta el último día de su vida, en Uruguay. Fundamentalmente en Montevideo, Las Piedras y San José de Mayo. El busto fue realizado en 1954 por el escultor Cipriano Santiago Viturera (1907-1977). Vale la pena recordar qué significó esta figura ejemplar.

Nacido en Villa Teguiza, isla de Lanzarote, archipiélago de Canarias, el 24 de diciembre de 1845. Su padre, el escribano y profesor don Melquíades Spínola Bethencourt, de rancia estirpe, fue un filántropo que murió atendiendo enfermos durante la epidemia de cólera que azotó Las Palmas de Gran Canaria en el verano de 1851. Alfonso tenía entonces cinco años y gracias a la generosidad de un amigo de su padre, pudo estudiar primero el bachillerato y luego Medicina en la Facultad de Medicina de Cádiz.

Entre sus condiscípulos estuvieron Benito Pérez Galdós, en el Bachillerato, y en Cádiz, Baldomero Cuenca y Arias, así como Antonio Serratosa, que luego migrarían antes que él a Uruguay, y serían testigos de su talento y prestigio. Serratosa sería el tercer Decano de nuestra joven Facultad de Medicina, que creada en diciembre de 1875 comenzó a impartir enseñanza en 1876. El también canario Pérez Galdós había dicho de su compañero que: "Espínola estaba dotado de magníficas condiciones, para esta profesión, pues su carácter era tan equilibrado, su espíritu tan ecuaníme, su modestia tan sincera que jamás despertó envidias ni enemistades entre sus compañeros".

El 15 de junio de 1869 se gradúa como Médico, y trabaja los ocho años siguientes en Tegui. Allí contrae matrimonio con Rosalía Espínola Aldana, oriunda también de Lanzarote, en la

localidad de Yaiza, con quien tendrá tres hijos. Ya desde sus tiempos de estudiante se había destacado por su altísima competencia y su "ojo clínico", que le había dado justa fama. Brillante conocedor de la patología infecciosa, con amplio dominio de la clínica para su época. En 1878, por desacuerdo con el régimen monárquico y reafirmando su talante republicano y liberal, llega a nuestras costas con su mujer e hijos. Allí Baldomero Cuenca y Arias le facilitarían la reválida de su título en este país, cuando esta Facultad tenía menos de tres años de fundada y la mayor parte de los médicos que ejercían eran españoles, italianos, franceses o argentinos.

Luego de trabajar ocho años en su pueblo natal, por discrepancias con el régimen monárquico, de acuerdo a su espíritu republicano y liberal, emigró a Uruguay llegando a Montevideo el 3 de junio de 1878. Trabajó corto tiempo en el Lazareto de la Isla de Flores, donde los médicos no querían ir, por lo inhóspito del lugar. Teniendo una preparación técnica excelente, que merecía la admiración de sus compañeros y colegas, pero encontrando que "Aquí no hago falta, ya hay muchos médicos; me iré a Las Piedras, que no tiene ninguno".

Se instaló en la Villa de San Isidro de Las Piedras, trabajando durante cuatro años, con dedicación y cumpliendo nobles funciones durante la epidemia de viruela que en 1881 azotó a esa población, como el primer y único médico. Durante la epidemia, atendió quince días con sus noches, sin descanso, salvándose muchos pacientes, que de resultados de su tratamiento quedaron sin cicatrices ni manchas estigmatizantes, como era habitual.

Cuando se entera que dos médicos jóvenes desean instalarse en Las Piedras, decide trasladarse con su familia a San José. Aunque los vecinos pedrenses, creyendo que su partida se debía a razones económicas, le ofrecieron importante suma mensual, que él no aceptó. En San José de Mayo desarrolló su actividad con el altruismo de siempre, alojando enfermos en su propia casa, cuando no había lugar en el Hospital. Allí se asilaron enfermos menesterosos que eran cuidados por su esposa e hijos, compartiendo con ellos los menguados recursos de su modesto hogar.

Fue profesor en el "Centro de Instrucción" de segunda enseñanza de San José, donando su sueldo a favor de la biblioteca del Centro. En las escuelas de varones de Las Piedras y San José dictó clases de matemáticas, idiomas, historia natural, historia, literatura y filosofía. Fue varias veces Médico de Policía, renunciando siempre a sus honorarios para que fueran distribuidos entre los menesterosos.

Por su alta cultura, en las noches estrelladas, prodigaba clases de Astrono-

mía en la plaza del pueblo, tanto en Las Piedras como en San José, donde vivió hasta su muerte durante veintitrés años.

Ocasionalmente, según la tradición oral, celebraba con discursos cada 14 de julio, conmemorando la Revolución Francesa, sorprendiendo a todos con su elocuencia y amplio conocimiento histórico.

Falleció el 20 de julio de 1905 cuando, estando agonizante, llamaron a su puerta para atender a un paciente moribundo, y a pesar de su situación, salió a socorrer a quien la familia del paciente le reclamaba. En su recuerdo, la Junta Honoraria Forestal le dedicó en el Prado el "Árbol de la Abnegación". Recibió condecoraciones de los gobiernos de Francia e Italia. La Facultad de Medicina le rindió homenaje póstumo, colocando un busto de bronce en su Hall Central, junto al Aula Magna, aunque pocos conocen de la trayectoria de este médico ejemplar.

Hizo el bien a manos llenas, pero cuatro años más tarde, en medio del cariño de la población que hubiera deseado retenerlo a cualquier precio, rechazando él todos los ofrecimientos de beneficio, buscó radicarse en San José de Mayo, distante cien kilómetros de la capital, para dejar espacio a los médicos más jóvenes, que no acudían porque Espínola con su prestigio y sabiduría, habría quedado con todos los pacientes de provecho.

En San José de Mayo no solo atenderá a los pacientes de todas las clases sociales, dedicándose especialmente a los más necesitados, sino que se prodigarán en la enseñanza, dictando cursos de Matemáticas, Idiomas, Historia, Literatura y Filosofía, tanto en los institutos como en su casa cuando alguno cerró, y enseñando Astronomía en la plaza pública en las noches estrelladas. En su domicilio de instaló siete camas, conduciendo allí los enfermos que no cabían en el hospital. Con esas camas ocupadas, le llevaban niños. Y él hacía pequeños lechos juntando sillas. En cierta ocasión, con el improvisado hospital de la casa lleno, le llevaron a medianoche un herido grave. Le pidió a su esposa que pusiera sábanas limpias y lo acostó en su propio lecho matrimonial. El general Máximo Santos lo quiso hacer Cirujano Mayor del Ejército. Y él resistió así: "Es aquí donde me necesitan". Y permaneció atendiendo a su pueblo.

En el año 1885 funda junto al Dr. Jaime Garán y Socias, el Instituto Microbiológico Antirrábico, el primero en Sudamérica, relacionándose con Louis Pasteur, con quien mantiene correspondencia, quien ese mismo año realizaba las primeras vacunaciones antirrábicas en el hombre y que el Instituto Pasteur se funda en París al año siguiente, en 1886. De él dijo el periodista Artigas Menéndez Clara, en el cincuentenario de la fundación del Instituto Microbiológico Antirrábico, en 1933: "Fue en



época en que San José vivió bajo el azote de una peste de perros rabiosos, cuando el Dr. Alfonso Espínola, adelantándose a las iniciativas oficiales, fundó en esta ciudad con su propio peculio el primer "Instituto Microbiológico Antirrábico" con que contó el Uruguay".

Así transcurre su vida, en medio del sacrificio a favor de los pacientes, hasta que en la tarde del 19 de julio de 1905, estando él grave en cama, vienen a buscarle para asistir a un paciente moribundo, y luego de atenderlo cae ya exhausto para fallecer en la madrugada del 20 de julio. Realizando con sacrificio y abnegación el ejercicio de su profesión, con el cariño y reconocimiento de la población.

El doctor Mateo Legnani (1884-1964), que siendo muy joven, pero ya titulado, conoció al doctor Alfonso Espínola, ha dicho que para obtener una figura igual, habría que fundir, en una sola personalidad, rasgos de tres caracteres cumbres: Jesús, hombre sublime, Francisco, el Poveretto de Asís y nuestro señor Don Quijote de la Mancha. Desde Chivilcoy [Provincia de Buenos Aires, Rpa. Argentina] el doctor Teodorico Nicola el 24 de julio de 1905, en cuanto se entera de la muerte de Espínola escribe: "Como filántropo, estaba por arriba de todos los que han existido en el mundo desde que se creó. No era filántropo por asco al dinero, precisamente, sino a exigencias del corazón, si hubiera nacido como Rostchild o como Vanderbilt, habría desparramado de inmediato su fortuna para que los pobres la recogieran".

Y agregó Nicola: "Levanten un monumento por suscripción pública, que nadie se va a negar a contribuir". Y luego: "Coloquen una placa que diga: "Filántropo, médico y filósofo. Nació pobre, vivió pobre, haciendo siempre el bien, y murió pobre".

El Prof. Enrique Rodríguez Fabregat (1895-1976), ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, el 20 de junio de 1926, en la semblanza leída en todas las escuelas del País: "Médico, maestro de juventudes estudiosas e inquietas, sabio, filósofo. Pensador, filántropo, él escribió su vida en la gloriosa estirpe de los que entregaron a la República todo su esfuerzo, para

sigue en pág. 3

viene de pág. 2

construir nuestra grandeza moral y nuestra conciencia de pueblo libre y fecundo, laborioso y justiciero”.

Veintiún años después de su muerte, el 5 de agosto de 1926, la Asociación de los Estudiantes de Medicina le tributa un homenaje a Alfonso Espínola, noble filántropo, apóstol de su profesión, colocando un retrato suyo en el salón

de sesiones de dicha Asociación. En la ocasión hicieron uso de la palabra la doctora Paulina Luisi, nuestra primera mujer médica egresada de esta Facultad, el profesor Alfonso Lamas, el doctor Juan Carlos Plá Verde y el estudiante José Pedro Cardoso. Poco después la Facultad descubría este busto alrededor del cual hoy nos convoca la memoria de este ilustre isleño que merece el mejor de nuestros recuerdos.

Este hombre médico que ha sido inmortalizado en el bronce con un busto, desde hace más de 90 años preside el ingreso al Aula Magna de esta nuestra primera Facultad de Medicina, y ha merecido múltiples homenajes recordatorios, como dar su nombre, el 20 de julio de 2005, al Hospital de la ciudad de Las Piedras, en ocasión de conmemorarse el Centenario de su fallecimiento, localidad de la que él

fue su primer médico; llevan también su nombre el Liceo No. 1 de San José de Mayo y una calle de Montevideo, en la zona de Carrasco.

Dijo de Alfonso Espínola el Dr. Isidro Más de Ayala (1899-1960), eminente psiquiatra y pedagogo: “Fue apóstol, fue médico, fue sacerdote y fue un poeta en acción. Su vida toda es de las más hermosas poesías que se hayan recitado bajo la Cruz del Sur”.